

6 Voces miradas

Los últimos días de Trotski

José Manuel Lucía Megías (Ibiza, 1967)

Catedrático de Filología Románica en la Universidad Complutense. Ha publicado los poemarios: *Libro de horas* (2000), *Prometeo encadenado* (2004), *Acróstico* (2005), *Canciones y otros vasos de whisky* (2006), *Cuaderno de bitácora* (2007), *Tríptico* (2009), *Trento (o el triunfo de la espera)* (2009), *Y se llamaban Mahmud y Ayaz* (2012) y *Los últimos días de Trotski* (Calambur, Madrid, 2015). A partir de sus poemas se han estrenado dos obras de teatro: *Del amor y otros demonios* (2009) y *Voces en el silencio* (2014). Director de la plataforma literaria *Escritores complutenses 2.0* (www.ucm.es/BUCM/escritores) y de la *Semana Complutense de las Letras*.

Último acto. Ensangrentado, con un piolet clavado en la cabeza, este hombre se rebela ante la muerte: “Ahora, no”, “Tengo tan sólo sesenta años y toneladas de injurias y de injusticias que denunciar”. Desde este poema inicial se nos revive el exilio de Trotski. La llegada a México, los preparativos de la IV Internacional, el asesinato de su hijo, la relación con Frida Kahlo... Su cansancio, sus dudas: “¿Quién eres, en realidad, León Trotski, ahora que has sido declarado Enemigo del Pueblo/Un viejo./ Tan solo uno de tantos viejos./ Un viejo que se aferra al dactilógrafo como si su voz pudiera multiplicarse en el desierto de un presente sin memoria”. Hasta llegar al último poema: “Primer acto” en el que el poeta, al visitar la casa de Coyoacán, adquiere la certeza de que recuperará los últimos días de Trotski. Estructura dramática. Se nos representa la tragedia de un siglo, “la era de la mentira absoluta”. Y la terca fidelidad a esa “fe en la razón, la verdad, la solidaridad humana” que llevaba consigo un joven de 18 años a los barrios obreros de Nikolayev. ¿Valió la pena? ¿Luchar hasta el último momento, gritar “no”, negar la mentira, vivir sin traiciones, negarse a claudicar? Este hermoso poemario deja estas y otras preguntas. ¿En “este tiempo gris de la prostitución de las palabras”, qué sentido tenemos que encontrar para que la revolución no sea de nuevo traición y derrota? Porque no nos instalamos en la certeza del mito sino en la fragilidad de las preguntas. El grito de Trotski aquel 20 de agosto de 1940 se sigue escuchando. Como pregunta. Como una exigencia.

Antonio Crespo Massieu

[20 de agosto de 1940]

¿Ha valido la pena tanta cárcel, tantas geografías, tanto ladrillo cerrado en las ventanas, tantas puertas blindadas, tantas muertes, tantos amigos abandonados en la fosa irremediable del miedo, tanto exilio, tanta espalda, tantas miradas vacías?

Tendido en el suelo no debo cerrar los ojos.

¡Ahora no!

Ahora que todo estaba tan cerca, tan cerca...

Siento cómo la cabeza se me rompe,
cómo mi piel arde al contacto de la sangre.

Mis libros abiertos, ahora derramados por el suelo infinito de las baldosas,
mis gafas rotas, aquí tendidas a mi lado, estas dos circunferencias que han dibujado
mi rostro, mis gestos, mi mirada, durante ya tanto tiempo.

Todo lo cubre mi sangre, mi sangre infinita, escandalosa.

Pero ahora no...

Tengo tan solo sesenta años y toneladas de injurias y de injusticias que denunciar.

¿De dónde me viene este dolor que me ha hecho caer al suelo y gritar? Oigo los pasos de Natalia, de mis colaboradores, oigo sus gritos sus carreras e insultos.
Pero yo estoy tranquilo.

¡Ahora no!

Ahora vendrán las sirenas y me llevarán al hospital y me vendarán la cabeza, esta cabeza que me arde,

y más tarde limpiarán mi sangre del suelo, y recogerán mis libros, y mis gafas rotas y mis notas y todo volverá a estar igual cuando vuelva.

Y lo haré con una sonrisa triste, los ojos cansados y una nueva cicatriz.

Volveré de la mano de Natalia, de mi Natalia.

Tendré que tapiar una vez más las ventanas, no abrir nunca más las puertas blindadas, multiplicar en cada esquina las torres de vigía.

Pero ahora no debo cerrar los ojos.
¡Ahora no!
No quiero que lo último que vean mis ojos, estos ojos que lo han visto ya casi todo,
sea mi sangre sobre los papeles cómplices, mi sangre anunciando la derrota.
¡Ahora no! Ahora que me encontraba tan cerca... tan cerca.
¡Ahora no!
No cerrar los ojos, nunca. Ni muerto.

No lo matéis. Tiene que decir quién le envía.

INSTANTE. 1

*Un ideal.
Un sueño.
Una certeza.
No moverse. No caminar por las aceras.
No buscar atajos. No encontrarlos.
No aceptar sepulturas.
Solo un ideal.
Morir por él.
Vivir toda la vida con su sombra.
Pegado a ella.
Convertido en tu piel.
En tu aliento. En la tinta
de cada una de tus palabras.
Las nunca pronunciadas.
Las siempre escritas.
Un ideal.
Un sueño.
Una misión.
La Revolución permanente.
Esa que siempre se sueña.
Esa que siempre se escapa.
Esa que existe porque nunca llega.
Ni entonces.
Ni ahora.
¿Y mañana?*

*Ruth*¹

¿Cuán larga puede ser la sombra del enemigo?
¿Cómo de certeros sus zarpazos moribundos?
¿Qué inútiles mis bocanadas de auxilio?

Un día soñé con una tierra libre para todos y ahora me encuentro exiliado por mis
sueños,
exiliado en medio del océano,
entre soldados que me odian,
voces que me llegan lejanas de otras tierras que no entiendo, laberintos lingüísticos
en los que me siento débil, alejado.
Un extranjero.

La mirada de Natalia, siempre a mi lado,
y el silencio de la radio y de los telégrafos,
y de nuevo en una nueva cárcel, confinado en la cárcel sin nombre de mi destino,
recorriendo un océano de aguas lejanas, nunca imaginadas.

Nadie me dice a dónde nos llevan.

A nadie, en realidad, parece importarle.

INSTANTE. 3

*La misma luna.
Siempre la misma luna.
Una luna de leyenda y supersticiones,
de relatos circulares alrededor de la lumbre.
No importan las geografías.
No importan los viajes, los exilios.
La luna se ha convertido en un espejo.*

¹/ Nombre del petrolero que llevó en secreto a Trotski y a Natalia, su mujer, de Noruega a México.

*Pasea por las noches.
Paseos cada vez más raquíticos. Más vigilados.
Pasea y sueña.
Pasea y recuerda.
Pasea y se muere
en la sombra de tantas muertes
que han vuelto de luto los calendarios.
Pero siempre la misma luna.
En Rusia. En Londres. En Turquía.
En Francia. En Noruega. En México.
Siempre la misma luna.
Cada vez más delgada.
Cada vez más vencida.
Ante la luna, no hay palabras,
ni escritos, ni declaraciones.
En el silencio se siente muerto.
Un monolito con su nombre.
Un monolito con el símbolo de su derrota
grabado a fuego lento en su frente.
Un monolito blanco, lunar,
en medio del jardín verde.*

Crónica

A las 7'25 horas del miércoles 21 de agosto de 1940 se certificó la muerte de León Davidovich Bronstein, conocido mundialmente por el apellido de su primer carcelero, Trotski. Veintidós horas después de haber sido operado en el hospital.

Murió a consecuencia de las heridas producidas en la cabeza por un fuerte golpe dado con un piolet.

Las últimas palabras que pronunció Trotski se las dirigió a Natalia, cuando las enfermeras se disponían a desnudarle antes de la operación: “No quiero que me desnuden ellas. Quiero que lo hagas tú”.

Murió en brazos de Natalia. Su cara, los labios de Natalia fueron lo último que vieron los ojos de Trotski.

Más de doscientas mil personas visitaron sus restos mortales y le acompañaron en el cortejo fúnebre que recorrió las principales avenidas de la ciudad, de los barrios más humildes e industriales de México.

El golpe de Jacson, el hombre sin nombre, que años después recuperó para la historia el de Ramón Mercader, acabó con la vida de León Davidovich Trotski. Pero fue un golpe inútil como inútiles fueron las purgas y el odio y las estatuas sembradas por Stalin.

El grito de Trotski, su última defensa, el resistir y luchar hasta el final de su vida, se convirtió en su victoria, la más recordada, la que le devolvió el sentido a toda su vida, a sus ideales. La que le hizo eterno. La que convirtió su nombre, León Trotski, en un mito. Sin tiempo. Sin geografías. Sin traiciones.

Todavía queda por ver si la maldad y la cobardía son lo bastante poderosas para sellar los labios de un hombre libre y honrado.

Ibsen, *Un enemigo del pueblo* (1882)